

tituto, y por esto infundió en su alma tanto cariño á la Congregación, manifestado ya desde el principio de muchas maneras, mayormente en el fervor con que celaba por su gloria y por su buen nombre. Sólo, por tanto, cuando veamos al naciente Instituto ramificarse por Europa, África y América con señales de perdurable vida se apreciará por completo la grandiosidad de la obra del P. Claret, aunque ya, por lo indicado en esta primera parte de su vida, se deja entender en algo su excepcional importancia. Ahora sólo nos falta, para completar este primer período de su vida apostólica, examinar lo interior de su alma haciendo resaltar las heroicas virtudes que hicieron de él un santo Misionero. Pero esto se dirá más largamente en el capítulo que sigue.



## CAPÍTULO XIII

### DE LAS VIRTUDES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET

1. Su celo y rectitud de intención. — Pasaje notable de sus Manuscritos. — Su lenguaje apostólico. — 2. Su recogimiento y mortificación. — Extraordinaria modestia de sus ojos. — Cómo cortaba las conversaciones inútiles. — Su gran abstinencia. — Penitencias que hacía. — Respeto que infundía su modestia. — 3. Humildad del Siervo de Dios. — Comparaciones de que se valía para arraigarse en el conocimiento de su nada. — Tristeza que el Señor le enviaba entre los aplausos para mantenerle en humildad. — 4. Mansedumbre de su corazón. — Admirables reflexiones del P. Claret sobre esta virtud. — Cómo trabajó para vencer su carácter. — 5. Su voluntaria pobreza. — Providencia del Señor en alimentar á su Siervo. — Limosna de un mendigo. — Un ángel en forma de niño le ayuda á pasar el río Besós. — 6. Obediencia del Siervo de Dios. — 7. Su amor á Dios y al prójimo. — Cómo aman los santos las criaturas. — El cordillo que busca refugio en el P. Claret. — Cómo en la práctica de la caridad están cifradas todas sus virtudes apostólicas.

1. "Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruído en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus, et disciplinis instructus debet esse orator*. Yo digo que el Misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes, ha de ser la misma virtud personificada; á imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Caepit facere et docere*. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: "Imitadme á mí, así como yo imito á Cristo. *„Imitatores mei estote sicut et ego Christi.*"

Con estas hermosas palabras comienza nuestro Padre en sus *Apuntes biográficos* á describir las virtudes propias de un Misionero, y de seguro que no podíamos hallar otras mejores para encabezar este capítulo, en el cual, con el auxilio del Señor, trazaremos el verdadero retrato del P. Claret como Misionero apostólico. Y comenzando por lo que constituía la nota dominante de su carácter, por lo que formaba su ideal, su modo de ser propio y peculiar suyo, por lo que era vida y alma de todos sus actos, el celo por la gloria de Dios y la sal-

vacación de las almas, nadie hay de cuantos tuvieron la dicha de oírle que no admirara el ardor, la constancia, lo incansable é ingenioso de su celo. Fomentábalo en su corazón con la lectura de las vidas y escritos de los santos y santas que más en él se señalaron. De los pasajes más notables que se ofrecían á sus ojos formó una colección, que leía con especial gusto; pero lo que más encendía la llama de su pecho era el ejemplo de nuestro divino Salvador, que siempre tenía ante los ojos. " Quien siempre más me ha movido, — dice en sus notas manuscritas, — es Jesucristo, yendo de un lugar á otro y predicando en todas partes, no sólo en las grandes poblaciones, sino también en las aldeas, y hasta á una mujer de Samaria, aunque cansado del camino, molestado de la sed y á una hora intempestiva. „

Cuán bien le imitase en esta parte, pruébanlo la muchedumbre de pueblecillos en donde dejó oír su apostólica voz con el mismo fervor y entusiasmo que en las ciudades populosas. No buscaba, como algunos predicadores, auditorios de personas escogidas para figurar y granjearse el afecto y la consideración de ellas, sino que, en igualdad de circunstancias, se iba siempre á evangelizar á los pobres y humildes; porque no se buscaba ni predicaba á sí mismo, como suelen, por desgracia, muchos oradores, sino que atendía únicamente á la gloria de Dios y á la salvación de las almas y anunciaba á Cristo crucificado, al que de ordinario acostumbran recibir con más gusto los pobres y pequeñuelos que los ricos y grandes de la Tierra. La sinceridad de este su apostólico celo descúbrese claramente en estos hermosos párrafos, caldeados en el fuego de la caridad y extractados de sus Manuscritos: " Vosotros sabéis que los hombres se mueven por uno de estos tres fines: ó por el dinero, ó por el gusto, ó por la honra. Ahora bien: ninguna de estas cosas me ha movido á venir á predicaros. No el dinero, porque no lo recibo por mis predicaciones; de este pueblo no me llevaré un maravedí. No el gusto, pues ¿qué gusto puedo yo sentir en fatigarme, confesando desde la mañana hasta la noche? Si alguno de vosotros, deseando confesarse, ha de esperar dos ó tres horas, se cansa; ¿y no me cansaré yo, que he de estar en el confesonario mañana y tarde, y llegando la noche, en vez de descansar, he de subir al púlpito? Y esto, no por un día, sino por muchos días y semanas, y meses y años. ¡Ah

hermanos míos! Pensadlo bien... ¿Me moverá la honra? Tampoco; porque, vosotros lo sabéis, si alguno me alaba, muchos me vituperan, llenándome de ultrajes. ¡A cuántas calumnias está expuesto el Misionero! El es censurado de los hombres, como Jesucristo lo fué de los judíos, los cuales murmuraban de sus palabras y de sus obras, no cesando de perseguirle hasta que le prendieron, le azotaron y le quitaron la vida en el suplicio más infame y doloroso. No, lo repito; no me mueve un fin terreno; más noble, más elevado es el fin que me propongo, porque lo primero que deseo es que Dios de todos sea conocido, amado y servido. ¡Ah! ¡Quién tuviera los corazones de todos los hombres para amar á Dios con todos ellos! ¡Oh Dios mío! ¡Las gentes no os conocen!... Si os conocieran, ¡cómo os amarían! ¡Oh! Si conocieran vuestra sabiduría, vuestra bondad, vuestra hermosura, vuestros divinos atributos..., todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor.

„Lo segundo que deseo es que Dios no sea ofendido. ¡El Criador del universo, á quien adoran los ángeles del cielo, es injuriado por el hombre, vil gusano de la tierra! ¡Ah hermanos míos! Si alguno de vosotros viera que hieren á su padre, ¿no le defendería? Y el no defender un hijo á su padre, ¿no sería un crimen? Pues ¿no sería yo el mayor criminal del mundo si no impidiera de mi parte las injurias que se hacen á Dios, que es mi Padre? Sí, Padre mío; yo os defenderé aun á costa de mi vida; yo me abrazaré con Vos y diré á los pecadores: *Satis est vulnerum, satis est*, como decía San Agustín: "¡Alto, pecadores! no azotéis más á mi buen Padre; bastantes golpes le habéis dado, demasiadas heridas habéis abierto en su sagrado cuerpo. Si no queréis deteneros, descargad vuestros azotes sobre mí, que bien los merezco; pero no azotéis más á mi Dios, á mi buen Padre... „

„Lo tercero que deseo es que las almas no se pierdan. Es de fe que todos los que mueren en pecado grave se condenan. ¡Ah! Según cálculo aproximado, cada día mueren unas ochenta mil personas, y ¡cuántas acabarán su vida en pecado mortal! Porque, por lo común, tal es la muerte cual fué la vida; y como veo que muchos viven de asiento en el pecado y se beben la iniquidad como el agua, no puedo contenerme. Estos desgraciados caminan por sus propios pies, como ciegos, al

infierno. Si vosotros vierais á un ciego que va á caer en un precipicio, ¿no le advertiríais el peligro? He aquí lo que yo hago, advertir á los pecadores el peligro en que están y hacerles ver el precipicio del infierno en que van á despeñarse. ¡Ay de mí si no lo hiciera! Me tendría por reo de su condenación! Cuando llevan un reo al suplicio, os compadecéis de él y le libraríais si pudieseis. ¡Ay, hermanos míos! Viendo yo al que vive en pecado mortal que á cada instante se va acercando al suplicio del infierno, y conociendo el medio de librarle, que es persuadirle que se convierta á Dios y le pida perdón de sus pecados por medio de una buena confesión, ¿queréis que me calle? ¡Ah, no! Mi corazón no podría estar tranquilo si no le avisara... Si una cariñosa madre viera que su hijo se cae de la ventana, ¿no gritaría y correría á detenerle? ¡Ay, hermanos míos! Más poderosa es la gracia que la naturaleza; pues si una madre, por el amor natural que tiene á su hijo, grita y le coge y le detiene para que no se precipite á una muerte temporal, ¿qué no deberé hacer yo, por el amor sobrenatural que os profeso, para que no os precipitéis á una muerte eterna? Sí, la caridad me urge, me obliga á gritar: Hijo mío, pecador, mira que te pierdes, que caes en el abismo del infierno, no pases adelante... ¡Ay, cuántas veces pido á Dios lo que pedía Santa Catalina de Sena!: "Señor, ponedme por puerta del infierno para detener á los que van á entrar en él, diciendo á cada uno: "¿Adónde vas, infeliz? ¡Atrás! Haz una buena confesión y salva tu alma, no vengas á perderte por toda una eternidad..."

"Por fin, predicando y confesando deseo hacer felices á mis prójimos. ¡Qué bien se hace procurando la salud al enfermo, la libertad al preso, el consuelo al afligido! Esto y muchísimo más se halla en el cielo... ¡Guiándoos yo por su camino os ayudo á preservaros de todos los males y á poseer todos los bienes... y esto por una eternidad! Ahora los hombres no lo entienden, pero un día lo conocerán; los que tengan la dicha de salvarse ensalzarán eternamente las misericordias del Señor."

En estas reflexiones tan bien sentidas, y que el Siervo de Dios amplificaba admirablemente, está pintada su alma en lo más vivo y divino que había en ella, en el fuego de amor á Dios que la abrasaba y en las llamaradas inmensas que brotaban de ese fuego para pegarlo á los corazones de todos los hombres y atraerlos al camino de salvación. ¿Qué extraño es

que palabras animadas de tan ardiente celo hirieran los corazones, arrancándoles lágrimas de arrepentimiento y chispas de divino amor? ¡Oh! Si todos los predicadores emplearan este lenguaje apostólico; si maduraran sus discursos al calor de la oración y del verdadero celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, ¡cuánto mayor fruto harían! ¡Qué de otra suerte andarían las corrompidas costumbres de los hombres de nuestros desgraciados días! La oratoria sagrada en las grandes ciudades y aun en muchos pueblos y aldeas, está casi por completo adulterada, porque escasean los varones verdaderamente apostólicos y apenas hay quien busque con sinceridad la conversión de las almas más bien que su propia honra y provecho. Fué, sin duda, providencial que el P. Claret hiciera oír por muchos años su apostólica voz en la capital de España, donde tanto abundaban los predicadores á la moda (tampoco hoy son raros, por desgracia), para que pudieran los demás mirarse en él como en perfectísimo dechado, y para demostrar prácticamente á los que, ó por vanidad ó por ignorancia, pretendían que en las grandes capitales era menester usar de más elevado estilo y de mayores pompas oratorias para atraer al auditorio y hacer algún fruto; que el celo evangélico y la predicación á él acomodada se abre paso lo mismo entre las muchedumbres y las clases ilustradas que entre el sencillo pueblo y entre el vulgo ignorante de los campos. El P. Claret, como más adelante veremos, no mudó de estilo cuando predicaba en Madrid, sino que siguió siempre con aquella sencillez apostólica y con aquel celo y fervor de que algunos seudo oradores suelen desdeñarse. Y, no obstante, cuando él predicaba se llenaban y rebosaban los templos más anchurosos, y por horas enteras tenía pendiente de sus labios á un inmenso auditorio compuesto de todas las jerarquías sociales, y las conversiones que obraba, y los tibios que enfervorizaba, y los justos que hacía adelantar más y más en el camino de la perfección no tenían número, porque de luengos años no se había visto en la corte española un varón que obrase tales maravillas, alentando todas las obras de celo y caridad.

2. Claro es que un celo tan ardiente y fervoroso no podía menos de ir acompañado de la mortificación interior y exterior, sin la cual, ó no se hace fruto, ó es muy escaso y poco

duradero. La primera es ciertamente la más necesaria y esencial, y consiste en tener á raya todas las pasiones para que no se rebelen contra el espíritu, y en la negación de la propia voluntad y juicio. La segunda es el reflejo de la primera en los miembros y sentidos exteriores del hombre, es la cristalina superficie del lago profundo del alma que deja entrever los tesoros y riquezas escondidas allá dentro en la profundidad del corazón. La mortificación exterior sin la interior es algo postizo y violento y, por lo tanto, inestable é inseguro, y así sería vano empeño querer corregir y moderar lo exterior del hombre sin reformar antes lo interior de él, ó sea el corazón. "Jamás he aprobado, — dice San Francisco de Sales, — el método de algunos que empiezan á reformar el hombre por lo exterior, por los movimientos, por los vestidos y por los cabellos. Al contrario, me parece á mí que se ha de dar principio por lo interior. *Convertíos á mí de todo vuestro corazón*, dice Dios (1), porque siendo el corazón el principio de las acciones, éstas son tales cual es él. *Ponme*, — dice el Esposo divino convidando al alma, — *ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo* (2); y con razón, pues quien tenga en su corazón á Jesucristo, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores (3)."

Cumplió el Siervo de Dios con mucha fidelidad esta sólida doctrina, tan hermosamente explicada por el santo obispo de Ginebra, porque las atentas reflexiones de su infancia sobre la eternidad de las penas de los malos y de la recompensa de los buenos, la memoria frecuente de los novísimos y la meditación asidua de la Pasión de Jesucristo, de que era muy devoto, tenían por objeto la reforma de su alma en lo interior, la huida del pecado, el enfreno de las pasiones, el amor á la virtud y el ejercicio de la presencia de Dios, á quien nunca perdía de vista ni aun en medio de sus mayores ocupaciones. Semejante al árbol fructuoso que ha echado hondas raíces en la tierra, y bañado con los benéficos rayos del sol y refrescado con el saludable riego de las corrientes de agua se agranda y robustece y hácese capaz de resistir á los más furiosos ven-

(1) Joel, II, 12.

(2) *Cant. Cant.*, VIII, 6.

(3) *Vida devota*, parte III, cap. XXIII.

davales, así el santo Misionero, meditando y andando en la presencia de Dios, Sol divino de justicia, y asistido con el riego de sus gracias, habíase hecho árbol robusto, indestructible á los impetuosos vientos de las tentaciones é inmóvil en su interior recogimiento, aun en medio de la variedad y gravedad de sus tareas y entre el bullicio de las personas con quienes conversaba. Antes parece que las ocasiones de distracción le acercaban más á Dios. "Conozco á un individuo, — decía el bendito Padre como si hablase de un tercero, que no era sino él mismo, — que á veces en las calles y plazas se halla más recogido que en la misma oración."

La hermosura y compostura de su alma se difundía á lo exterior de su cuerpo; á todos era notoria su modestia y les parecía que el Siervo de Dios llevaba á Jesucristo en los ojos, en los oídos, en la lengua y en todo el cuerpo, y le miraban por ello como á fiel imitador de las virtudes del divino Maestro. Tratando un sacerdote ejemplar de los modales del Padre Claret, decía: "Cuando yo era joven, mi director espiritual, para estimularme á tener recogido el espíritu, no hallaba medio más eficaz que ponerme por modelo á *Mosén Antón Claret*. Decíame sabía de cierto que dicho señor nunca estaba más solo que cuando se hallaba rodeado de gente que le empujaba por todos lados, pues entonces se reconcentraba más en Dios nuestro Señor (1)."

Como la mortificación exterior es compañera inseparable de la oración y del interior recogimiento, se aplicó el P. Claret con todas sus fuerzas á mortificar los sentidos, negándoles lo que para ellos era de gusto y regalo y haciéndoles abrazar lo que les repugnaba y afligía. Aprendió en las vidas de los Santos los modos ingeniosos que inventaban para mortificar los sentidos, y particularmente de las vidas de San Bernardo, de San Pedro de Alcántara y de San Felipe Neri entresacó un fragante hacecito de mirra, que, como la divina Esposa, llevaba siempre entre los pechos para agradar al celestial Esposo.

Habiendo leído del último que, después de haber confesado en Roma por espacio de treinta años á una señora célebre por su rara hermosura, aún no la conocía de vista, se confirmó en

(1) Carta del P. Pablo Coma, del 23 de Febrero de 1881.

el hábito que ya tenía de traerla recogida y propuso en su corazón imitarle en lo que fuera posible. Las muchas mujeres que á su confesonario se acercaban, aunque varias de ellas eran de la más alta nobleza, más las conocía por la voz que por la fisonomía, pues jamás fijó la vista en la cara de ninguna de ellas; sólo de verlas se ruborizaba, no porque le diesen ocasión de tentaciones, pues que nunca más las experimentó desde que se le apareció la santísima Virgen siendo él estudiante, sino por una gracia especial de Dios, que él mismo no sabía explicar. Observaba con la mayor exactitud la antigua máxima de los Santos del Yermo y de los Doctores ascéticos. *Oculos humi dejectos habe*: "Ten la vista baja en su presencia.", Cuando daba Misiones en Cataluña se hospedaba siempre en los curatos, y en ellos permanecía mientras duraba la Misión.

Como era tal la habitual modestia de sus ojos que no miraba á mujer alguna, resultaba que no llegaba casi nunca á conocer de vista ni á las mismas sirvientas ó amas de los señores Curas en cuyas casas había estado por muchos días hospedado. Por esta causa acaecía no pocas veces que entre las innumerables personas que por la fama de su santidad acudían á oírle de los pueblos circunvecinos, se presentaba alguna de estas amas ó criadas, que iban á él y le decían: "*Mosén Claret*, ¿no me conoce usted? Soy el ama del señor Cura de tal pueblo ó parroquia, en donde estuvo Ud. dando Misiones.", El Siervo de Dios, para salir del paso, y sin levantar la vista del suelo, les respondía: "¿Cómo está el señor Cura? ¿Está bien de salud?", Y luego, con breves palabras, aunque sin faltar á la cortesía, las despedía. Durante los seis años y dos meses que permaneció en Cuba, confirmó á más de trescientas mil personas, mujeres la mayor parte, y de entre éstas jóvenes las más; pero si le hubieran preguntado qué tipo tenían, —dice el mismo Siervo de Dios, — hubiera respondido que no lo sabía, porque para unirlas la frente levantaba y bajaba rápidamente los ojos y luego tenía los cerrados en todo lo que faltaba para la administración del Sacramento. Que llevaba la vista clavada siempre en el suelo, fué cosa que vieron y admiraron amigos y enemigos y era un distintivo de su retrato. Exhortaba á los demás que hicieran otro tanto; pero muy especialmente recomendaba la modestia de los ojos á los sacerdotes Misioneros,

porque sabía por experiencia cuán provechosa era y cuán necesaria para hacer fruto en las almas, y, por el contrario, cuánto bien se impedía en ellas por la más liviana ligereza en el mirar, mayormente el semblante de las mujeres. A este propósito solía contar el ejemplo de un predicador muy famoso que fué á predicar á una población, en la que hizo mucho fruto, de manera que la gente entusiasmada decía: "¡Oh, qué santo!", Mas en medio de estos aplausos se alzó la voz de un hombre malévolos que gritó: "Podrá ser santo, pero yo lo que sé es que le gustan las mujeres, pues las mira.", Y bastó esta expresión para neutralizar todo el fruto de sus trabajos apostólicos. "He observado, —añadía el Siervo de Dios, — que se forma mal concepto del sacerdote que no lleva los ojos recogidos. Jesucristo los llevó siempre modestos, y los evangelistas notaron las veces que los levantó, como cosa extraordinaria y no acostumbrada.",

Mortificaba el oído, no gustando de oír conversaciones superfluas, ni palabras ociosas, ni las que pudieran lastimar la caridad ó la buena reputación del prójimo. Al oírlas, si le era posible, separábase de los circunstantes, y cuando no, mudaba la conversación ó se ponía serio. Disgustábale también el oír hablar de comidas, de bebidas, de intereses y de política, á no ser por motivo de religión. Cuando hallaba á sus familiares ó á otras personas de confianza, hablando de estas frioleras solía cortar la conversación con estas ó parecidas frases: "Sabén ustedes que hay una cosa que nunca he podido comprender, y es: ¿cómo amándonos Dios tanto, nosotros sepamos corresponder le tan poco? Mediten ustedes bien.",

Abstúvose por la misma causa de leer periódicos, en los cuales, por lo común, hay muchas inexactitudes y cosas superfluas, bien que cuando estuvo al frente de la parroquia, y más tarde cuando Arzobispo, ojeaba uno de ellos para enterarse de los principales sucesos, por lo mucho que podía convenir al más recto desempeño de su cargo. Era frase suya que el periódico mata al libro, y que prefería leer un capítulo de la Biblia, en donde sabía de cierto que hallaría la verdad, que todos los periódicos del mundo, plagados casi siempre de errores y exageraciones.

En orden á la lengua, como instrumento de la locución humana, fué siempre muy cauto y remirado. Tenía hecho propó-

sito de no hablar de sus predicaciones, particularmente después de la plática ó sermón.

“Había observado,—escribe en sus *Apuntes biográficos*,— que á algunos les pasa lo que á las gallinas, que después que han puesto el huevo lo cacarean y se lo quitan; así he notado que sucede á algunos sacerdotes poco avisados, porque luego que han hecho una obra buena, como oír confesiones, predicar ó hacer alguna plática, andan en busca y á caza de moscas de vanidad, hablan con satisfacción de lo que han dicho y del modo como lo han dicho; y así como á mí me disgusta el oír hablar de esto, pienso que también disgustaría á los otros si hablase yo de estas mismas cosas, por lo que hice propósito de nunca jamás hablar de ellas.”

Á más de esto, temía mucho no se le entrase la vanidad con semejantes pláticas, y que el Señor, en castigo de su soberbia, no bendijese sus trabajos. “Algunos sacerdotes poco avisados,—decía él á nuestros primeros Padres,—hablando de los sermones que han predicado, de las confesiones oídas y de otras obras hechas por ellos, buscan ser tenidos en algo y alabados de los hombres, con lo cual se hacen indignos de que el Señor los recompense.” Su práctica constante en este punto fué predicar del mejor modo que sabía, encomendar á Dios el resultado y recibir con humildad y acción de gracias los avisos que le dieran con ánimo de corregir las más ligeras faltas.

Pero lo que más le repugnaba en las conversaciones, y que no podía llevar en paciencia, era oír hablar de cosas sabidas por confesión, ya por el peligro de faltar al sigilo sacramental, ya por la mala impresión que causan semejantes conversaciones en los que las oyen. Él, por su parte, nunca hablaba de sus penitentes, ni del tiempo que hacía no se habían confesado, ni de si hacían ó no confesión general, ni de otras cosas que, próxima ó remotamente, pudieran exponerle á faltar al deber de todo confesor. Aun para consultar algún caso dudoso de un penitente aconsejaba á los sacerdotes ocultasen la circunstancia de hallarse con aquel caso y que lo propusieran como hipotético; verbigracia: supongamos que un confesor se hallase en este caso. ¿Qué debería hacer?

De muchas y muy diversas maneras mortificó también el sentido del gusto en lo tocante á las comidas y bebidas. Decía él con mucha gracia que los Misioneros, en la opinión de las

gentes, somos más celestiales que terrenos, y que, semejantes á las imágenes de los Santos, no hemos menester comer ni beber para conservar las fuerzas. “Habíame,—añade (1),—Dios nuestro Señor favorecido también en esto con una gracia especial, concediéndome el pasar algunos días comiendo poco ó sin comer.” Á la rigurosa abstinencia que guardó en su vida apostólica moviéronle varias razones, pero singularmente dos: el no ser gravoso á los párrocos, y el buen ejemplo que con ello daba á los pueblos, los cuales le respetaban por esta razón como á hombre celestial, exento de la humana flaqueza. Cuando llegaba á un pueblo á hora intempestiva, decía al señor Cura párroco que no le diesen más de una sopita y un huevo. En las primeras Misiones tomaba lo que le ponían delante, rehusando, en cuanto estaba de su parte, lo que era de mayor gusto y regalo, que fué la regla que nos dejó escrita á los Misioneros sus hijos para cuando estamos fuera de casa; mas al poco tiempo le pareció que el Señor quería de él mayor abstinencia, y para corresponder á sus inspiraciones se privó del vino y de la carne hasta el fin de sus días, la que no tornó á gustar sino rarísimas veces y por causas gravísimas, como fué por condescender á las instancias de personas muy respetables á las que no podía resistir sin pasar por la nota de terco y poco respetuoso. Esta mortificación en las comidas y bebidas encargábala de una manera especial á sus Misioneros Hijos del Corazón de María, y más desde que en el año 1859 tuvo una revelación, que él mismo refiere con estas concisas palabras: “Hallándome en Segovia el año 1859, día 4 de Septiembre, á las cuatro y veinticinco minutos de la madrugada, en que estaba en la meditación, me dijo Jesucristo: “La mortificación en la comida y bebida has de enseñar á los Misioneros, Antonio.” Y la santísima Virgen, pocos minutos después, me dijo: “Así harás fruto, Antonio.”

Para animarlos más á ello referiales lo que acaeció á algunos sacerdotes que, á instancias del señor obispo de Segovia, fueron á dar Misión á un pueblo. Antes de llegar á él tuvieron hambre y sed, y como iban bien provistos sentáronse á comer tranquilamente á orillas del camino; pero mientras estaban así saboreando los manjares llegó para recibirlos la Comisión

(1) *Apuntes biográficos*, del P. Claret.

del Ayuntamiento con mucha gente del pueblo, y al verlos de aquella manera los desestimaron y no hicieron los sacerdotes fruto alguno. "Acuérdome aún, — escribe el P. Clotet en sus Memorias, — que á los principios de nuestra Congregación nos hablaba mucho de la templanza en el comer y de no tomar cosa alguna de una comida á otra.,"

Mas no paraban aquí todas las mortificaciones del P. Claret. Afligía sus inocentes carnes con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas; dormía poco, cuando no se le pasaban las noches en claro, y aun entonces no en la cama, sino sobre el duro suelo ó recostado en una silla. Los días que tomaba disciplina eran los lunes, miércoles y viernes, y los que se ponía el cilicio, los martes, jueves y sábados. Por su voluntad nunca se lo hubiera quitado, pero se atenia al consejo de su director espiritual, que no le permitía más. Cuando no hallaba lugar conveniente para disciplinarse suplíalo con otra mortificación equivalente, como era rezar con los brazos en cruz ó con los dedos debajo de las rodillas. Hallaba aún el Siervo de Dios otras maneras muy ingeniosas de mortificarse, como era el sufrir con ánimo quieto y sosegado y sin ademán ni movimiento alguno del cuerpo las picaduras de algunos insectillos, como pulgas, mosquitos, etc., la cual mortificación aconsejaba él á las personas espirituales, y la dejó apuntada en el *Camino recto*, para provecho universal de los fieles. Tal era la compostura del Siervo de Dios en todas sus acciones y movimientos, que el P. Bernardo Sala, que le acechó por mucho tiempo cuando estuvo entre los primeros Padres de la Congregación, le comparaba á San Francisco de Sales, pues nunca le pudo sorprender en posición menos modesta.

A todos cuantos le vieron era notoria su modestia y mortificación, y si hubiéramos de referir los testimonios de todas las personas caracterizadas que dieron de ello fe, nos haríamos interminables. Sólo traeré el hermoso retrato que en pocas palabras hace de él el que fué obispo de Santander y lo es hoy de Cádiz. "Recuerdo, — dice, — con profunda edificación aquel su rostro modestísimo tan dulcemente grave, la vista siempre recogida, las palabras pensadas, como contadas y dichas con inefable suavidad y penetrante unción, indicio todo de su presencia de Dios casi continua, y aquella su mortificación rigidísima, hasta el punto de no comer, ni aun en mesas

de reyes, más que legumbres, ni dormir en cama, sino en el duro suelo ó en una silla, como le aconteció en la casa de los Padres del Oratorio de Lérida, y eso á lo más por tres ó cuatro horas (1),"

Se ha dicho que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y por cierto que, si se exceptúan los Santos, la sentencia no puede ser más verdadera. Los mismos que á los ojos del mundo tan deslumbradores parecen por su poder, ingenio ó riquezas; los que ante el vulgo y la sociedad se muestran como pequeñas divinidades superiores á la raza común de los hombres, cuando se los contempla de cerca, cuando se les ve en el seno del hogar descubren sus flaquezas y parecen tan débiles ó más que el que nunca descolló entre sus semejantes.

Así son todas las grandezas humanas, que, como ilusorias y superficiales, de lejos parecen algo, pero al tocarlas con el dedo se desvanecen y sólo queda ante los ojos el profundo lago de miserias que ocultaban. Lo contrario acaece con la virtud y santidad, que constituyen la verdadera y sólida grandeza, porque son comunicaciones divinas de un Ser infinito en todas las perfecciones, estable como la eternidad, incomprensible por su soberana alteza, admirable por su sabiduría, adorable por su dignidad, respetable por su inmensidad, temible por su omnipotencia y amable por su bondad. Así como las almas que más se llegan á Dios más comprenden y aman sus soberanas perfecciones, así los que más de cerca tratan á los Santos, más cautivos quedan de su bondadosa condescendencia, más admirados de su virtud y con mayor estima y respeto de la gracia divina que en ellos resplandece. Así acaeció con el Varón de Dios, el P. Claret; los que más le admiraron y amaron, los que con mayor entusiasmo predicaron sus virtudes y los dones que recibió del cielo, fueron sus más allegados; los que, cuando Arzobispo, tuvo de familiares; los que, cuando Misionero, hicieron vida común con él; los que, cuando estudiante, le albergaron en su casa y observaban su vida íntima. ¿A quién no espanta que los dos sacerdotes ancianos, D. Fortián Bres y D. Francisco Guardia, respetasen y venerasen al Siervo de Dios cuando era aún joven estudiante,

(1) Carta del 10 de Julio de 1882.